



San Ignacio casi no dejó nada escrito sobre el Espíritu Santo, si exceptuamos sus apuntes personales durante la deliberación sobre la pobreza. Después de todo quizá le movía la prudencia, si tenemos en cuenta que no faltaban entre sus contemporáneos quienes pensaban que su modo de hablar y de actuar respiraba el aire de los alumbrados. Lo recuerdan bien de las clases de historia que recibieron en el noviciado: eran aquellos herejes iluminados que pretendían poseer canales directos para comunicarse con el Espíritu Santo y recibir revelaciones directas de su parte. Juzgando por las apariencias, San Ignacio, a tenor de lo que él mismo escribe en esa fecha al rey de Portugal, había sido indagado por varios Inquisidores en al menos 8 procesos y había pasado 64 días en prisión, por sospecha de herejía, antes del año 1545.

Precisamente por ser tan escasas las referencias que hace Ignacio en sus escritos al Espíritu Santo, las pocas citas que encontramos resultan de mayor valor. En los Ejercicios Espirituales se refiere directamente al Espíritu Santo seis veces, y cinco de ellas son citas de la Sagrada Escritura que aparecen en los puntos que se añaden al final como ayuda para meditar los misterios de la vida de Cristo nuestro Señor. Uno de estos pasajes ofrece puntos para orar sobre el pasaje del Evangelio que acabamos de escuchar. Permítanme citarles esta mañana el número [304], porque en los tres puntos que propone Ignacio podemos encontrar una poderosa lente de aumento para contemplar al Espíritu Santo, cuya ayuda imploramos en esta Eucaristía.

(1) “los discípulos estaban congregados, por miedo a los judíos”, (2) “se le apareció Jesús estando las puertas cerradas, y estando en medio dellos dice: ‘Paz con vosotros’”, y (3) “les da el Espíritu Sancto diciéndoles: ‘Recebid el Espíritu Sancto; a aquellos que perdonáredes los peccados, les serán perdonados’”.

Se puede ver que el movimiento que propone Ignacio en estos tres puntos es bien simple: es el itinerario que va del miedo a la alegría, de don a la misión. El itinerario propio de todo jesuita en cualquier Congregación General.

Se puede decir que un cierto miedo traspasa lo que vamos a hacer hoy y en los próximos días. Quizá nos aterra la amenaza de pasarnos el resto de nuestras vidas reunidos en pequeños grupos de discusión o sentados en el aula con nuestros auriculares. Puede ser que los abrumadores desafíos descritos en el informe De Statu nos hayan llenado de miedo – los problemas del corazón de cada persona humana, los de la Compañía de Jesús, los de la Iglesia y del mundo de hoy, pueden atemorizarnos. Quizá nos da miedo pedir a uno de los que nos sentamos juntos en el aula que tome sobre sí el cargo de General en representación de los demás, o puede sucederme personalmente que sienta miedo de lo que el nuevo General vaya a decidir sobre mi nuevo destino.

Pero nuestros miedos son tantos como inútiles. Más importante es la alegría que acompaña a toda experiencia del Señor Resucitado, capaz de disipar cualquier miedo que podamos sentir. Cuántas veces, en la vida y en el trabajo, hemos experimentado al Señor Resucitado con sus manos heridas y su costado abierto, en el menor de nuestros hermanos y hermanas, en el espíritu quebrantado de nuestros amigos y compañeros en el Señor. La semana pasada hemos tenido ocasión de tener una gozosa experiencia del Señor Crucificado

y Resucitado, unos a través de otros, al reflexionar y orar juntos, y al encontrarnos con antiguos amigos o hacer amigos nuevos en el Señor. A pesar de nuestros miedos, o quizá precisamente por ellos, Jesús sabe llenarnos de alegría.

Pero el gozo es solo uno de los dones que recibimos del Señor Resucitado. La semana pasada hemos recibido el gran regalo de reconocer la acción del Espíritu en la Compañía, en la Iglesia y en el mundo, en cada corazón humano. Hemos hecho más profundo nuestro aprecio del don que supone la pertenencia a un grupo entregado a luchar bajo el estandarte de la Cruz. La Contemplación para alcanzar amor nos pide que pensemos en tanto bien recibido, para ponerlo luego al servicio de Aquel que nos lo entrega con el deseo de sanar y bendecir este mundo caído. ¡Un bien que fluye constante como las fuentes de la Plaza de San Pedro!

Como si no bastasen los dones de la creación, la redención y la santificación, el Evangelio nos habla del gran don del Espíritu Santo y del don de la reconciliación, de especial sentido para una orden religiosa sacerdotal como la nuestra. Estemos o no ordenados, por el bautismo y la profesión religiosa somos agentes del Dios de la Misericordia, “preparados para reconciliar a los desavenidos”, como leemos en la Fórmula del Instituto. En este Año de la Misericordia, el Evangelio que acabamos de leer cobra especial relieve al recordarnos nuestro deber de colaborar con el Dios que sale en búsqueda de la oveja perdida; que barre hasta el último rincón de la casa para encontrar la moneda oculta; que no cesa jamás de calzar con sandalias nuestros pies, de cubrir con ropa nuestra espalda, de colocar un anillo en nuestro mano.

Nuestra misión esta mañana es elegir un General. Nos encerraremos en la habitación de arriba, no por miedo, sino para escuchar atentamente el rumor del Espíritu. No tenemos miedo, porque creemos con tanta fuerza que el Espíritu guía la elección que, según la Fórmula, “el elegido no puede rechazar la elección”. Nuestra misión consiste en escuchar atentamente, pero a la vez en confiar en que, aun en el caso de que yo necesite baterías para mi audifono espiritual, puedo estar tranquilo, porque el Espíritu sabrá encontrar, a través de este grupo de hermanos, el hombre que ha elegido. Confiemos en que Jesús nos va a dar su Espíritu, por más bloqueados que nos sintamos.

En realidad tengo serias dudas de que haya sido la prudencia la que haya impedido a Ignacio referirse al Espíritu Santo. La Inquisición jamás le intimidó, y se sentía lleno de consolación en lo que llamaríamos Tercera Semana. Escribiendo al rey de Portugal sobre los procesos de la Inquisición, decía: “por cuanta potencia y riquezas temporales hay debajo del cielo, yo no quisiera que todo lo dicho no fuera pasado por mí, con deseo que mucho más delante pasara, a mayor gloria de su divina Magestad”.

Pienso que Ignacio habló tan escasamente del Espíritu Santo en su deseo de que las palabras no fuesen a distraer a los que estaban en dudas, o a los Inquisidores, de la actuación del Espíritu. De experimentar el gozo, los dones, o la misión del Espíritu Santo. El silencio de Ignacio hace espacio a la contemplación de la actuación del Espíritu. Que al celebrar esta mañana la Eucaristía en este altar, el Espíritu llene nuestro silencio con el gozo y los dones necesarios para afrontar nuestra misión en el día de hoy, que es elegir al que el Señor ha elegido.